

Dos pequeños “monstruos” en las novelas contemporáneas de Benito Pérez Galdós

Two “Little Monsters” in Benito Pérez Galdós’s Contemporary Novels

LAVINIA SIMILARU

Universitatea din Craiova
lavinia_similaru@yahoo.es

Palabras clave

**Galdós; realismo;
 niños deformes;
 Torquemada;
 La desheredada.**

No hacemos más que decir un truismo al afirmar que Benito Pérez Galdós vivió para contar las vivencias más nimias de sus contemporáneos, de manera que sus obras constituyen la historia novelada de la España del siglo XIX. Para el escritor preclaro, la novela es “imagen de la vida”, como él mismo confesaba en su discurso de ingreso en la Real Academia. Como aspiraba a dejar testimonio riguroso y fiel de la vida de sus contemporáneos, Galdós tuvo que conceder peculiar importancia a los habitantes menores de edad de la España de su época. Hay numerosos niños en las novelas de Galdós, niños de todas las edades y de todas las condiciones sociales, que se comportan como los niños de la vida real y tienen las mismas preocupaciones que sus modelos de carne y hueso. Entre ellos hay dos niños deformes, dos pequeños “monstruos”, cuya deformidad aflige enormemente a sus madres. El primero es Valentín, el hijo que Torquemada tiene con Fidela en *Torquemada y San Pedro*, y el segundo es “Riquín”, el hijo que Isidora Rufete tiene con Joaquín Pez en *La desheredada*.

Keywords

**Galdós; realism;
 deformed
 children;
 Torquemada;
 La desheredada.**

Needless to say, Benito Pérez Galdós lived to recount the most trivial experiences of his contemporaries, so that his works constitute the fictionalised history of Spain in the 19th century. For the illustrious writer, the novel is an “image of life”, as he himself confessed in his admission speech at the Royal Academy. As he aspired to leave a rigorous and faithful testimony of the life of his contemporaries, Galdós had to grant particular importance to the smaller inhabitants of the Spain of his time. There are numerous children in Galdós’s novels, children of all ages and from all walks of life, who behave like children in real life and have the same concerns as their flesh and blood models. Among them there are two deformed children, two little “monsters”, whose deformity greatly afflicts their mothers. The first is Valentín, the son that Torquemada has with Fidela in *Torquemada and San Pedro*, and the second is “Riquín”, the son that Isidora Rufete has with Joaquín Pez in *La desheredada*.

1. La preocupación de Galdós por la sociedad y el mundo infantil

No hay nada en la sociedad española que se le escape al “verdadero creador de lo que entendemos por realismo moderno en la novela española” (Del Río, 1982: 295). No es el único representante de esta corriente literaria en España, pero “fue el primero en asimilar la lección de Balzac y de Dickens, al par que supo dar sentido nuevo al retorno hacia el antiguo realismo español, apropiándose lo substancial y rehuyendo la trampa de la imitación externa...” (295).

No hacemos más que decir un truísmo al afirmar que Benito Pérez Galdós vivió para contar las vivencias más nimias de sus contemporáneos, de manera que sus obras constituyen la historia novelada de la España del siglo XIX. Para el escritor preclaro, la novela es “imagen de la vida”, como él mismo confesaba en su discurso de ingreso en la Real Academia (1897).

En las novelas galdosianas aparecen reyes y aristócratas, pero el escritor está interesado sobre todo en el “pueblo, que con su miseria, sus disputas, sus dichos picantes, hacía la historia que no se escribe, como no sea por los poetas, pintores y saineteros” (Galdós, 1945: 548). La historia suele ignorar a sus propios artesanos –“no queda noticia del heroísmo individual en la historia” (Galdós, 1988: 163)– y, por eso, las novelas de Galdós son más aleccionadoras que los manuales de historia y deberían sustituirlos, según sugiere Max Aub en su *Manual de historia de la literatura española*. Además, el siglo XIX en España no fue nada sereno, un escritor académico de nuestra época y gran admirador de Galdós destaca “lo poco que los españoles nos aburrimos en él”, ya que “este siglo fue la más desvergonzada cacería por el poder que, aun conociendo muchas, conoce nuestra historia” (Pérez-Reverte, 2020: 138).

Con su eterno realismo describe el autor canario la vida de los niños, revelando sin tapujos las taras de la sociedad decimonónica: la mortalidad infantil, la pobreza que a menudo obliga a los pequeños a mendigar, los maltratos infligidos en las casas o en los colegios, los desperfectos de la educación en la época...

En *Torquemada en el purgatorio*, Rafael exclama: “¡Pobrecito,... estas criaturas son tan débiles! De ciento, los noventa y ocho perecen...” (Galdós, 2019b: 426).

Asimismo, en la famosísima novela homónima, Tristana no desea tener hijos, porque los niños “se mueren todos” (Galdós, 2019c: 188); según ella, “niño nacido es niño muerto” (188).

Los que sobreviven, a menudo tienen una vida difícil, como los hijos de Caifás en *Gloria*, que van a casa de la protagonista, a pedir limosna. El lector no puede dejar de conmoverse al leer su descripción: “Ambos bajaron. En el jardín estaba D. Ángel y frente a él un lastimoso terceto de muchachos llorones, con los puños en los ojos, los sucios rostros llenos de babas y de tierra que con las lágrimas se amasaba” (Galdós, 1876-1877).

En *Misericordia*, algunos mendigos piden limosna acompañados por niños, para inspirar más lástima.

En *Torquemada en la hoguera*, el usurero decide hacer obras de caridad, para que Dios se apiade de él y salve a su hijo enfermo. Por eso, recorre ansioso las calles del centro de Madrid, en busca de pobres a quien regalar dinero. Tiene suerte, porque ahí hay varios pequeños mendigos, que esperan un alma caritativa. Entre ellos destaca “un chicuelo que estaba arrimado a la pared, con las manos a la espalda, descalzos los pies, el pescuezo envuelto en una bufanda” (Galdós 2019b: 108), que ni siquiera tiene fuerzas para abrir la boca y pedir, está muerto de frío. El usurero le da dinero y él tiende su “mano aterida” (108) para cogerlo.

Maltratos padecen muchos niños en las novelas de Galdós. En *El Doctor Centeno*, Pedro Polo es un sacerdote violento, que se dedica a la enseñanza y maltrata a los alumnos.

En *Fortunata y Jacinta* hay unos niños pobres, que no tienen juguetes y aprovechan cualquier cosa para jugar. Encuentran la tinta de Nicanora, la esposa del memorable personaje

Ido del Sagrario, y no dudan en pintarse las caras. La travesura acaba mal, puesto que sus madres los castigan cruelmente:

En el mismo instante salió una mujeraza de la puerta más próxima, y agarrando a una de las niñas embadurnadas, le levantó las enaguas y empezó a darle tal solfa en salva la parte, que los castañetazos se oían desde el primer patio. No tardó en aparecer otra madre furiosa, que más que mujer parecía una loba, y la emprendió con otro de los mandingas a bofetada sucia, sin miedo a mancharse ella también. «Canallas, cafres, ¡cómo se han puesto!». Y al punto fueron saliendo más madres irritadas. ¡La que se armó! Pronto se vieron lágrimas resbalando sobre el betún, llanto que al punto se volvía negro. «Te voy a matar, grandísimo pillo, ladrón...». (Galdós, 1992 I: 325)

La mujer de Ido del Sagrario hace lo mismo con sus hijos: “Oyose el pie de paliza que Nicaroná, hecha una veneno, estaba dando a sus hijos, y el gemir de ellos” (325).

Pero en las novelas galdosianas abundan también los momentos alegres de la vida de los niños, llenos de travesuras inocentes y ternura.

En *La familia de León Roch* hay un adorable grupo de niños curiosos y revoltosos, que, en un momento de descuido de su aya, entran al despacho del héroe y echan a perder objetos valiosos: “Tachana había traído una silla para subir a la mesa; pero antes se subió Monina, y andando a gatas sobre ella arrojó al suelo el microscopio y los demás aparatos que en la mesa había...” (Galdós, 2019a: 261).

Hay numerosos niños en las novelas de Galdós, niños de todas las edades y de todas las condiciones sociales, que se comportan como los niños de la vida real y tienen las mismas preocupaciones que sus modelos de carne y hueso. Entre ellos hay dos niños deformes, dos pequeños “monstruos”, cuya deformidad entristece enormemente a sus madres.

2. Dos pequeños “monstruos” en las novelas contemporáneas

2.1. Valentín

Es el hijo que Torquemada tiene con Fidela en *Torquemada y San Pedro* (1895), novela que cierra la *Tetralogía de las Novelas de Torquemada* y narra la última parte de la vida del famoso usurero, personaje que, aunque parezca “en un comienzo una figura caricaturesca [...] pronto el personaje se engrandece y escapa al estrecho ámbito de las tipologías costumbristas” (López, 2019: 27).

El usurero espera con mucha ilusión el nacimiento de este bebé, destinado a llenar el inmenso vacío que había dejado otro Valentín, engendrado por el usurero durante su primer matrimonio. Pero tanto la primera esposa como el primer Valentín estaban muertos. La pérdida de aquel hijo había enternecido al padre; en *Torquemada y San Pedro* el lector descubre un protagonista humanizado por la muerte que “entiende como inevitable, pero a la que no se resigna” (63). El primer Valentín tenía un asombroso talento en las matemáticas y sus profesores lo alababan. Torquemada lo consideraba un genio y estaba muy orgulloso de su hijo varón.

Al casarse con Fidela, Torquemada está ilusionado con tener otro hijo idéntico al primero. Se alegra enormemente al saber que Fidela le ha dado un hijo varón. “Es el mismo, el propio Valentín” (Galdós, 2019b: 404) exclama el usurero cuando, por fin, le permiten ver al recién nacido. Y añade: “¡Cuánto me quiere Dios! ¡Él me lo quitó; Él me lo vuelve a dar!” (404).

Desafortunadamente, la felicidad no le dura mucho. La reemplaza la preocupación del padre decimonónico, que teme las enfermedades infantiles, en aquel entonces mortíferas. El bebé parece frágil y raquítico. Por si fuera poco, el yerno del usurero estudia Medicina y no duda en confesar a su suegro sus convencimientos: “El chico es un fenómeno. ¿Ha reparado usted el tamaño de la cabeza, y aquellas orejas que le cuelgan como las de una liebre? Pues no han adquirido las piernas su conformidad natural, y si vive, que yo lo dudo, será patizambo” (410). El usurero reacciona con agresividad, echa de su casa al yerno. Perono puede echar también los temores que empiezan a invadirle.

Con el tiempo, el pequeño llega a ser “engaño de los padres y falsa ilusión de toda la familia” (490). Dentro de poco todos comprueban que Quevedito, el yerno de Torquemada, había tenido razón: “El crecimiento de la cabeza se inició antes de los dos años, y poco después la longitud de las orejas y la torcedura de las piernas, con la repugnancia a mantenerse derecho sobre ellas. Los ojos quedáronsele diminutos en aquella crisis de la vida, y además fríos, parados, sin ninguna viveza ni donaire gracioso. El pelo era lacio y de color enfermizo, como barbas de maíz” (490).

El segundo Valentín es una gran decepción. El niño se pasa el día “arrastrándose a cuatro patas sobre la alfombra” (489) y no hay manera de hacerle levantarse y caminar como las personas, se complace en comportarse como un cerdo: “Berreaba el chico, movía sus cuatro remos con animal deleite, echando babas de su boca, y queriendo abrazarse al suelo y hociquear en él” (489). Augusta, la amiga de su madre, trata de cogerlo en sus brazos, lo que empeora las cosas: “púsose el nene fuera de sí, dando patadas con pies y manos, que por un instante las manos más bien patas parecían, y atronó con sus chillidos la estancia, echando hacia atrás la cabeza, y apretando los dientes” (489).

No cabe duda de que es un niño esquivo, de trato difícil. Pero Augusta tampoco tiene la actitud más adecuada, puesto que el niño le repugna, y no se lo oculta en absoluto, acaba insultando al pequeño monstruo: “¡Quédate, quédate ahí en el santo suelo — le dijo Augusta —, hecho un sapo! ¡Vaya, que estás bonito! Sí, llora, llora, grandísimo mamarracho, para que te pongas más feo de lo que eres...” (489). Al percibir su agresividad, el niño contesta también con vehemencia y a su manera, con sílabas que no llegan a constituir palabras. Augusta sigue replicando con irritación: “Nunca hablarás como las personas. Parece mentira que seas hijo de tu madre, que es toda inteligencia y dulzura. ¡Ay, qué lástima!” (490).

El niño rechaza el trato humano: “Difícilmente se dejaba acariciar de nadie, y sólo con su mamá era menos esquivo. Si alguien le cogía en brazos, echaba la cabeza para atrás, y con violentísimas manotadas y pataleos expresaba el afán de que le soltaran” (491). Muerde a quien le molesta, la niñera tiene las manos “acribilladas” (491). Prefiere jugar con los animales, pero los maltrata. Se comporta como los animales: “A cuatro pies, triscaba el pelo de las alfombras, como el corderillo que mordisquea la hierba menuda, y hociqueaba en todos los rincones. Estas eran sus alegrías” (491). En otra ocasión, “salió renqueando por aquellas salas, y a poco se le oyó imitando elasmático aullar de un perro enfermo que en los bajos de la casa había” (497).

Augusta le dice a Fidela, la madre de la criatura: “Allí me he encontrado a tu hijito hecho un puerco-espín” (491). Los adultos de la casa están ya hartos de las rudas travesuras del niño y dejan de prestarle atención, o a veces llegan a insultarlo. La madre misma destaca en tono burlón los defectos físicos del pequeño Valentín: “Ay, hijo mío, no abras tanto la mampara, que nos da miedo... ¿Será posible que no se te achique, en la primera crisis de la edad, ese buzón que tienes por boca? Di, diamante en bruto, ¿a quién sales tú con esa sopera?” (495). La pedagogía de nuestros tiempos no recomendaría este método de criar a los pequeños. Pero en

la época de Galdós era lo habitual. “¡El pobre!... ¡qué pena da verle tan bruto!” (491). El escritor concluye que el niño es una “triste y desconsoladora alimaña” (491). Tiene gustos muy singulares: le gusta usar un látigo, con el que destroza las porcelanas finas de la casa y hiere a las personas. Por si fuera poco, quiere tomar vino.

Cuando su madre está en su lecho de muerte, el niño parece intuirlo y entenderlo, aunque se comporta a su manera:

si al pronto se enfurruñó, porque le privaban de hacer el burro en los pasillos bajos, no tardó en avenirse con la compañía de su madre, única persona a quien solía mostrar cariño. Cansado de dar vueltas por la alcoba pegando latigazos, se hizo subir a la cama, y por ella se paseó a cuatro patas, imitando el perro y el cochino; y ya se corría hacia la cabecera para dejarse besar de su mamá, ya bajaba hasta los pies, mordisqueando la colcha, y haciendo *gru, gru*, para hacer creer a Augusta que era un terrible animalejo, que le iba a comer una mano. (514)

Sin embargo, aquel día permanece al lado de su madre y la mira de manera diferente, la mira con ternura, como presintiendo que ya no podrá mirarla.

El tiempo pasa, el niño crece, pero no recupera la apariencia humana, sino todo lo contrario: “su cabeza parecía cada vez más grande, sus patas más torcidas, sus dientes más afilados, sus hábitos más groseros, y su genio más áspero, avieso y cruel” (550). En cambio, aprende a pronunciar algunas palabras.

A punto de morir también, Torquemada imagina el futuro de su hijo: “Y luego, en la mayor edad, el hombrecito mío ha de ser todo lo que se quiera, menos pródigo, pues de eso sí que no tiene trazas. Será cazador, y no comerá más que legumbres. Ni tendrá afición al teatro, ni a la poesía, que es por donde se pierden los hombres, y esconderá el dinero en una olla para que no lo vea ni Dios...” (605). Ese futuro se esfuerza en asegurarlo: “Para él ha de ser todo, el día en que el Señor se sirva disponer que yo suba al Cielo” (605). Como sabe que Valentín jamás será capaz de cuidarse solo, deja disposiciones muy estrictas: “Claro, con un buen consejo de familia, que cuide de alimentar al niño y tenerlo aseado, se pueden ir acumulando los intereses, y aumentar elcapital” (605).

La novela acaba con la muerte del usurero y el lector se queda sin saber qué ocurre con el hijo de éste, puesto que el autor no revela nada al respecto. El yerno de Torquemada, a quien el héroe apodaba “Quevedito”, había pronosticado al niño una vida corta. Podemos imaginar que no se había equivocado. Era un niño monstruoso y privado de inteligencia, que parecía más bien un animal. Por si fuera poco, se había quedado huérfano. Por más que lo cuidaran su tía y los criados de la casa, nunca llegaría a llevar una vida normal.

2.2. “Riquín”

Es el hijo que Isidora Rufete tiene con Joaquín Pez, marqués de Saldeoro, en *La desheredada* (1881), novela en que Galdós representa “esa poderosa fuerza humana proveniente de las ilusiones y del sentir que complementa a la racional en la conciencia humana individual” (Gullón, 2018: 29). Isidora Rufete está convencida de ser descendiente de una familia noble y durante muchos años trata de obtener el reconocimiento y la herencia que se imagina que le corresponde. Pero al final verá frustradas esas esperanzas.

Provincial, muy joven, ilusionada y sin experiencia, Isidora cae fácilmente en los brazos de Joaquín Pez, el apuesto marqués de Saldeoro, quien promete ayudarla. Isidora pierde la cabeza

y acaba teniendo un hijo de él. En realidad, la madre, muy enamorada de su amante, escoge para el niño el mismo nombre del padre. El apodo cariñoso “Riquín” se debe a una tía de Isidora. Pero a Isidora le gusta el apodo y llama a su hijo “Riquín”, lo que es suficiente para que el lector comprenda que Isidora sí ama a su hijo. Más tarde se indigna cuando la gente, incluso los parientes, destacan únicamente el tamaño de su cabeza y no ven las cualidades del niño: “¡Pobrecito mío! Todos han de tener que decir algo sobre si tiene la cabeza grande. Pues yo digo que la tiene toda llena de talento” (Galdós, 2018: 310).

Joaquín Pez, el padre, se desentiende completamente de su descendiente ilegítimo y la madre, que no tiene otra fuente de ingresos y necesita sobrevivir, acaba convirtiéndose en amante del político Alejandro Botín Sánchez. Pronto descubre que el nuevo amante es despótico y celoso, lo que no puede tolerar la rebelde Isidora, que prefiere la pobreza y la libertad.

Desafortunadamente, el niño es “algo monstruoso; lo que llamamos un *macrocéfalo*, es decir, que tiene la cabeza muy grande, deforme” (290). La madre no se avergüenza con él, sino todo lo contrario: pregunta al médico “si toda aquella gran testa estará llena de talento” (290). En su ignorancia, Isidora sueña con disponer de un aparato que frene el crecimiento de la cabeza del niño.

El tamaño de la cabeza no es el único defecto que tiene el pequeño, el autor apunta que “sus piernas eran cortas y débiles” (309). No obstante, el niño no deja de ser muy agradable: “Su deformidad incipiente no era tal que le privara de los encantos de la niñez, antes bien daba risa verle erguir su cabezota con cierto aire de valentía, como un hijo de Atlante predestinado a superar a su padre en la facultad de cargar grandes pesos” (306).

Por lo demás, es un niño encantador, inteligente y simpático. Juega como todos los niños y toda la familia lo ama. Hasta le aguantan golpes inocentes: “Estaba, pues, en traje talar que le arrastraba, y por los bordes de él asomaban sus patitas vacilantes. Traía empuñado en ambas manos el bastón de D. José, y caminaba derecho a *la Sanguijuelera*, todo risas y alegría, con la evidente intención de darle un palo. Ella se dejó pegar, le cogió luego en brazos y le dio tantos y tan sonoros besos, que el muchacho empezó a gruñir y a defenderse a cabezadas” (309). En otro momento, don José se muestra “fatigado de tanto andar a cuatro pies, ligeramente encendido el rostro; pero hecho todo miel, y tan risueño y bondadoso como antaño. Traía en brazos a *Riquín*, que era muy lindo, gracioso y dicharachero” (307). La novela está llena de tales momentos de felicidad familiar, como el de la mañana de San Isidro, fiesta celebrada siempre con mucha alegría en Madrid: “Don José andaba a gatas sirviendo de caballo a *Riquín*, ya vestido desde el amanecer de Dios” (355). Cuando Isidora abandona a Botín, don José carga al niño dormido y lo estrecha “entre sus brazos con ardiente cariño” (363).

Riquín es sin duda un niño sociable, que se lleva muy bien con sus primos: “*Riquín* hizo tan buenas migas con los dos chicos de Emilia, como si se hubieran criado en la misma cuna. Todo el santo día lo pasaban enredando desde la trastienda a la cocina e inventando diabluras” (397).

Isidora ama a su hijo, sobre todo porque ama también al padre y en el fondo muy tarde pierde la esperanza de llegar a ser su esposa, ya que el marqués de Saldeoro es viudo. Joaquín Pez y la herencia que ella cree que le pertenece son los sueños dorados de Isidora Rufete. Se hunde en sus ensoñaciones y se prueba bellísimos vestidos ajenos, olvidándose de su hijo, aunque muchas veces lo trata con ternura materna, el autor no deja de apuntar: “Cogió a Riquín y le hartó de besos” (310). También: “Veamos cómo pasaba el tiempo la dueña de la casa. Entre bañarse, peinarse, vestir y arreglar a *Riquín*, se le iba la mañana” (317). Aprecia a un

amante nuevo porque tiene detalles con el niño: “Una cosa me agrada de él... para que veas que todo no ha de ser malo... Quiere mucho a mi Joaquín, lo acaricia, le cuenta cuentos, lo pone a cabalgar sobre sus rodillas, le lleva dulces y juguetes...” (351).

El día de San Isidro, cuando el niño se siente mal y vomita la comida que había ingerido en la fiesta, Isidora se preocupa y llora. Sin embargo, su orgullo es más fuerte y rechaza el ofrecimiento de su amante, no acepta pasar una noche más en la casa que le había puesto Botín. Isidora se va con los suyos, pidiendo a su tío, muy resueltamente: “Cargue usted a *Riquín*. Envolvedlo bien en un mantón. Nos vamos ahora mismo” (361).

Al final, la heroína comprende que no tendrá ni a Joaquín (que vuelve de La Habana casado con otra mujer), ni la herencia que pretende (porque se demuestra que ella no es heredera legítima de los marqueses de Aransís). Por el pleito de la herencia llega a pasar una temporada en la cárcel, durante la cual recibe visitas de sus familiares con su hijo y son los únicos momentos que la reconfortan un poco. Mientras tanto, Riquín es acogido en casa de Emilia, prima de su madre, y es criado junto con los hijos de Emilia, a quien acaba considerándola madre, ya que los niños olvidan fácilmente. Esto aflige mucho a Isidora.

Después de salir de la cárcel, Isidora vive con un amante vulgar, conocido precisamente en la cárcel. El día que Isidora, libre y elegante, mantenida por su nuevo amante, llega a casa de Emilia, a reclamar a su hijo, Riquín juega con sus primos, disfrazado de gracioso obispo: “traía en la cabeza una gran mitra de papel, y echando la bendición graciosamente con su mano derecha, cantó en el latín más estropajoso que se ha oído jamás: *Dominis vobiscum*” (482). A pesar de ser un niño avisado, permanece ajeno a la fuerte discusión de su madre con el marido de Emilia. Durante los cinco meses que Isidora había pasado en la cárcel, los esposos Castaño habían llegado a sentir un gran cariño por Riquín y les costaba separarse de él. Sin embargo, Isidora era su madre y se lo quería llevar. Sienta a su hijo en su regazo y le da muchos besos, prometiéndole “una casulla de oro y un altar de plata” (483). Pero al niño no le interesan estas cosas. El esposo de Emilia propone que el niño escoja con quién se quiere quedar. Cuando le preguntan si quiere irse con su madre, no lo duda ni un solo instante, reacciona de esta manera: “Tan fuertemente negó con su cabezota, que se le cayó la mitra” (483). Se niega a vivir con su madre, sigue viviendo en casa de Emilia. Pero Isidora va a visitarlo muy a menudo. También lo visita la tía de Isidora, la que había apodado al niño. Ambas llevan regalos para los tres niños de la casa, pero los de Isidora son excesivos, Isidora mimaba mucho a su hijo: “venía dos, tres y hasta cuatro veces por semana, trayendo golosinas para *Riquín* y sus camaradas, y además velas de cera, cálices de plomo, efigies, estampas del Sagrado Corazón, mitras, estolas, y por último un monumento de Semana Santa tan completo y hermoso que no había más que pedir” (484).

Isidora no puede aguantar mucho tiempo al amante que la maltrata. Ahora sí se ve obligada a vivir en la miseria. No busca ninguna manera digna de ganarse la vida, decide prostituirse y abandona sin remordimientos a su hijo. Su prima Emilia recoge al niño para criarlo junto con los suyos propios, lo abraza y le dice: “en mí tendrás la madre que te falta. Aquella mamá tuya no existe ya, se ha ido para siempre y no volverá; se ha caído al fondo, hijo mío, al fondo... Ya lo entenderás más adelante” (502). Emilia cumplirá su promesa.

3. Conclusiones

Con Valentín en *Torquemada y San Pedro* y Riquín en *La desheredada*, Galdós crea dos magníficos e inolvidables retratos de niños. Valentín y Riquín son dos niños deformes, de cabeza demasiado grande y andares pesados, pero muy diferentes: Valentín carece

completamente de inteligencia, se comporta como un animal, mientras Riquín es muy avisado. Los juegos de Valentín son violentos, a diferencia de los juegos graciosos de Riquín.

Los dos tienen la desgracia de criarse sin padres, pero por razones distintas: la madre y el padre de Valentín se mueren, mientras los padres de Riquín siguen viviendo, pero abandonan a su hijo sin contemplaciones.

Las vidas de los dos “monstruos” se quedan truncadas en las novelas, pero se puede inferir su evolución. Valentín nunca tendrá una vida normal, nunca podrá valerle por sí mismo, necesitará siempre a los familiares y a los criados. El lector se consuela sabiendo que Torquemada no se muere sin asegurar el futuro del pequeño. En cambio, Riquín sí podrá llevar una vida normal, sobre todo si aprende de los buenos ejemplos que encuentra en la casa de su tía Emilia y será un hombre trabajador, como su tía y el esposo de ésta.

BIBLIOGRAFÍA:

- AUB, Max (1978). *Manual de historia de la literatura española*. Madrid: Akal.
- GULLÓN, Germán (2018). *Introducción*. En Benito PÉREZ GALDÓS, *Las novelas de Torquemada* (pp. 9-46). Madrid: Cátedra Letras Hispánicas.
- LÓPEZ, Ignacio Javier (2019). *Introducción*. En Benito PÉREZ GALDÓS, *Las novelas de Torquemada* (pp. 9-68). Madrid: Cátedra Letras Hispánicas.
- MENÉNDEZ PELÁEZ, Jesús *et al.* (2005). *Historia de la literatura española* (vol. III). León: Everest.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1876-1877). *Gloria*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001. Disponible en línea: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmctxd0w8> [Consultado el 20 de julio de 2021].
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1897). *La sociedad presente como materia novelable*. Discurso ante la Real Academia Española, con motivo de su recepción. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016. Disponible en línea: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/130020.pdf> [Consultado el 28 de marzo de 2021].
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1945). *Prim*. Madrid: Aguilar.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1988). *Bailén*. Madrid: Alianza Editorial.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1992). *Fortunata y Jacinta*. Madrid: Cátedra Letras Hispánicas.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1994). *Misericordia*. Madrid: Cátedra Letras Hispánicas.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2012). *El Doctor Centeno*. Madrid: Alianza Editorial.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2018). *La desheredada*. Madrid: Cátedra Letras Hispánicas.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2019a). *La familia de León Roch*. Madrid: Cátedra Letras Hispánicas.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2019b). *Las novelas de Torquemada*. Madrid: Cátedra Letras Hispánicas.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (2019c). *Tristana*. Madrid: Cátedra Letras Hispánicas.
- PÉREZ-REVERTE, Arturo (2020). *Una historia de España*. Madrid: Alfaguara.
- RÍO, Ángel del (1982). *Historia de la literatura española* (vol. 2). Barcelona: Bruguera.